

The Misfits, de John Huston

LA BALADA DEL ADIÓS

Juan Carlos González A.





Cumplió 50 años de su estreno un filme clásico, lleno de nostalgia. El primer guión escrito por Arthur Miller fue puesto en manos de un veterano como John Huston que, sin saberlo, estaba dirigiendo en la pantalla a tres seres demasiado adoloridos para su propio bien. *The Misfits* suena a réquiem. Sin duda lo es.

Socorro, socorro.

Socorro.

Siento que la vida se me acerca
cuando lo único que quiero
es morir.

Marilyn Monroe, verano de 1961
(Versos enviados por la actriz a Norman
Rosten)¹



Marilyn Monroe y Montgomery Clift

“¡Absolutamente no!”²

Esa fue la respuesta —a gritos— que Montgomery Clift le dio a su secretario personal, Lorenzo James, cuando a la 1:00 a.m. del 23 de julio de 1966, éste fue hasta su cuarto a desearle buenas noches y a preguntarle si quería ver una reposición de *The Misfits* que iban a presentar más tarde en televisión. El actor había pasado la mayor parte del día en su habitación y James quizá pensó que la película podía distraerlo. No suponía él, ni tampoco Clift, que esas serían sus últimas palabras. En la mañana, James lo encontraría muerto en su cama, de espaldas, con las gafas puestas y los puños cerrados. Montgomery Clift tenía sólo 45 años. Era el tercero de los protagonistas de *The Misfits* que moría.

Al estreno de la película en Nueva York, el 1 de febrero de 1961, hace ya 50 años, asistieron él y Marilyn Monroe. Las críticas no fueron buenas en su momento para un filme que había superado su presupuesto inicial en quinientos mil dólares y cuyo calendario original sufrió un retraso de 45 días. El rodaje había terminado el 4 de noviembre de 1960 y doce días después fallecía en un hospital Clark Gable, la estrella más veterana del filme, víctima —como Clift— de un ataque cardíaco, que la leyenda atribuye a los esfuerzos físicos excesivos a los que fue sometido durante el rodaje del filme en el desierto de Nevada. La atormentada diva rubia se iría para siempre un año y medio después, dando origen a *el mito trágico del siglo XX*. Para ella y para Gable, *The Misfits* sería su última película, su balada del adiós.

El director John Huston junta a los fracasados de siempre para hacer de esta película nostálgica un homenaje a la sed de afecto, a la necesidad absoluta de tener una última esperanza antes de darse por vencido. “Todos nos morimos, con o sin motivos”, le dice Gay Langland, el vaquero otoñal, a la rubia Roslyn, que parece tenerlos todos, cansada de sumar decepciones y seguir —luego de haberlo apostado todo— con las manos vacías, tan frágil, solitaria y asustada como un venado que salió del bosque en plena noche y fue capturado y puesto en un zoológico de cristal lleno de luces, mientras cientos de personas lo observan. “¿De quién te escapabas todo el tiempo?”, le pregunta Gay (Clark Gable). Ella, la inaferrable, sólo quiere que la amen. “¡Auxilio!”, pide ella en



Arthur Miller y John Huston

solitario mirando hacia arriba —hacia el vacío, quizá— ante la posibilidad de volver a sentir y, por ende, de volver a sufrir.

Mírenla. Esa Roslyn sensible y quebradiza, pero aún con fe, es Marilyn por dentro y por fuera. Arthur Miller, su notable esposo de ese entonces, escribió ese papel para ella y pensando en ella, en su vida hasta ese momento, en sus sufrimientos, en la falta de paz que vampirizaba sus días y sus noches. Pero también Miller tenía en su mente el pasado de la actriz y el triste presente que estaban viviendo como pareja y por eso es inocultable un tono de resentimiento y de falta de piedad hacia el personaje. “Arthur puso en boca de Roslyn —el personaje interpretado por ella— palabras tomadas directamente de la historia de Marilyn Monroe, desde la infancia hasta el divorcio de Joe DiMaggio y su posterior unión con un hombre mayor, con el que no tiene más que un futuro incierto”,³ escribe Donald Spoto, en una biografía de la actriz.

Con dignidad, ella asumió el papel, a sabiendas de que era, ni más ni menos, “la exposición

pública de una pena íntima”.⁴ Durante el rodaje, Marilyn y Miller dejaron de compartir un camerino juntos y cada uno buscó una habitación independiente: ella se mudó donde su preparadora de actuación, Paula Strasberg. La pareja ya no se hablaba y la tensión era insostenible. Pese a todo trató de dar lo mejor de sí: “No actuaba: quiero decir que no fingía las emociones. Era algo auténtico. Se metía hasta el fondo de sí misma, encontraba esa emoción y la hacía aflorar a la conciencia. Es posible que en eso consista toda interpretación realmente buena. Era profundamente triste ver lo que le estaba ocurriendo”,⁵ escribía John Huston en su autobiografía, al recordar cómo Marilyn tomaba crónicamente medicamentos para dormir y para despertarse, y que en una crisis se tuvo que suspender el rodaje una semana mientras estuvo hospitalizada en Los Ángeles. Algunas fuentes afirman que tal internación fue un truco de Huston para comprar tiempo y así cubrir sus enormes deudas de juego en los casinos del lugar. Con el rodaje suspendido no había una nómina que pagar semanalmente y

los ejecutivos de United Artists en Los Ángeles y Nueva York tenían tiempo para decidirse a inyectar nuevos recursos al proyecto y, por ende, dinero para que Huston pudiera honrar sus deudas: alguien más abusaba de Marilyn, como podemos ver. La diosa lo tenía todo, y carecía de todo. Por eso en la película eleva los ojos a lo alto e implora ayuda. Y no es la única que implora: Guido (Eli Wallach), el piloto viudo, ese hombre generoso, también quiere y necesita que alguien lo mire con ojos compasivos para ver si deja de tenerse tanta lástima. En últimas, quiere aterrizar, quiere un cable a tierra para poder seguir viviendo.

¿Y Gay? Es el vaquero que ve enfrente el otoño de su vida y el de su oficio. Y le cuesta aceptar ambos. Siempre ha vivido sin barreras sentimentales ni laborales, rey de su destino. Pero es una pose para ocultar el derrumbe implacable, el enorme dolor de sentirse distante de sus hijos, con ganas aún de volver a empezar a sabiendas

de que ya es tarde. Gable —de 59 años— vivía también su ocaso como actor, abocado a papeles menores, indignos de su fama. *The Misfits* suponía un reverdecer para su carrera y una nueva oportunidad para renacer: casado por quinta oportunidad, esperaba por fin un hijo, pero no alcanzó a verlo: John Clark Gable nacería cuatro meses después de su partida definitiva. Muchos coinciden en que en *The Misfits* realizó la mejor interpretación de su carrera, pero Gable no vivió para saberlo. El adiós es un tema que impregna la película, que es perfecta en su concepción trágica, de última oportunidad, de botella al mar en plena tormenta. Así era su personaje en el filme, enfrentado a las despedidas, pero con ganas de tener otra posibilidad, quizás esta vez con mejor fortuna. El cine se la dio, la vida no.

Pero falta un personaje más en esta cita. Otro vaquero, un hombre de rodeos, autodestructivo y sin futuro. Es Perce Howland y es Montgo-



El elenco

mery Clift a la vez, ese extraño en el paraíso, esa ave cautiva de mirada nerviosa e incapaz de sentir o expresar felicidad. El productor del filme, Frank Taylor, lo expresó bien cuando lo comparó con Marilyn Monroe concluyendo que eran “gemelos del alma. Estaban en la misma longitud de onda. Veían el abismo en la cara del otro y se reían de él”.⁶ Ese cowboy que se enfrenta a caballos broncos y a toros salvajes sin miedo a morir porque nada tiene que perder, tiene la misma actitud embriagada y suicida del Montgomery Clift de sus últimos años. Después del accidente del 12 de mayo de 1956, cuando estrelló su auto luego de salir de una fiesta en casa de Elizabeth Taylor, la vida de “Monty” Clift no fue la misma. Desfigurado su rostro y su espíritu, se entregó al alcohol y a las drogas, en una espiral hacia la nada, hacia el caos. Y, sin embargo, tendría por delante filmes como *De repente en el verano* (*Suddenly, Last Summer*, 1959) y *Wild River* (1960) para tratar de salir a flote. Antes de hospitalizarse para tratarse una hepatitis alcohólica, había firmado el contrato para hacer *The Misfits*. “Decidí hacerlo porque no aparezco hasta la página 59 [del guión]”,⁷ bromeaba el actor. Filmar esta película fue como desnudarse y salir a la calle sin temor a las críticas de los transeúntes. La dignidad fue reemplazada por las ganas de mostrarse, de que nos dejen contar qué es lo que nos quita la paz. Tiene con Marilyn la falta de certezas, el desasosiego vital que sólo les permite ver callejones sin salida, y sin nadie ahí en quien confiar. Él vivía incómodo con su homosexualidad reprimida, ella era infeliz al no poder acercarse a los demás sin temor, encerrada en la jaula de oro de su sexualidad. Terminarían volviéndose muy cercanos durante el rodaje, pasando incluso horas juntos en el vestuario de Marilyn, tiempo en el que él le enseñaba técnicas de actuación, mientras compartían decepciones e indefensiones comunes. Refería Clift: “Tengo el mismo problema de Marilyn. Atraemos la gente como la miel a las abejas, pero por lo general es la clase equivocada de personas. Gente que quiere algo de nosotros, así sea sólo nuestra energía. Necesitamos estar solos para ser nosotros mismos. Para ser un actor, uno no puede permitirse defensas, una piel dura. Tienes que ser abierto



y la gente puede hacerte daño con facilidad”.⁸ Y entre esa gente habría que incluir a los propios compañeros de trabajo, pues Clark Gable no soportaba a Clift y a Marilyn, tratándolos siempre de la manera más despectiva posible.

En la génesis de *The Misfits* está un cuento que Arthur Miller publicó en la revista *Esquire* en 1957, en el que recordaba a los tristes vaqueros otoñales que había conocido en Reno cuando fue allí a divorciarse de Mary Grace Slattery, su primera esposa, mezclándole los sentimientos que en esos momentos sentía por Marilyn, con quien se había casado un año antes. En ese entonces: “Era un hombre enamorado, conmovido por la afinidad emocional de su esposa con la naturaleza, por su amor a los niños y a los animales, su gusto por la jardinería, por las flores, y su sensibilidad general ante la vida, de la que la consideraba una representante madura. En 1960, su actitud era considerablemente distinta. La película que debía presentar en el papel estelar a la esposa del escritor ahora era pensada como un film en blanco y negro que reflejaba claramente la amargura y el resentimiento de él”.⁹

Un par de años después de publicarlo, e invitado una noche a cenar a casa de su amigo y antiguo editor, Frank Taylor, Miller entretuvo a los cuatro hijos de su anfitrión relatándoles la historia de *The Misfits*, haciendo él mismo las voces características de todos los personajes. Taylor vio posibilidades de adaptar el cuento a la pantalla y le pasó una copia a John Huston, quien no co-

noía a Miller, pero admiraba su obra. Taylor vio de inmediato a Clark Gable en el papel de Gay: “Sólo hay un actor en el mundo que expresara la completa esencia de masculinidad y virilidad que necesitábamos para el rol protagónico, y ése era Gable. A los 59 años todavía era una imagen contemporánea de virilidad. Y no veo a nadie acercarse a su clase a ese respecto. Marlon Brando es viril para las mujeres, pero no para los hombres. Gable era viril para ambos”.¹⁰ Para Miller no había nadie mejor que su esposa para representar a Roslyn. Además, Huston recordaba con cariño a Marilyn, a quien conocía desde 1949, en la época en la que él hizo *We were Strangers*. Incluso le había dado un pequeño pero significativo papel en *The Asphalt Jungle* (1950). También era para Huston la oportunidad de volver a rodar en los Estados Unidos, lo que no hacía desde 1951, con *La roja insignia del valor*.

Emprenderían todos un rodaje marcado por el calor insoportable del desierto de Nevada en el verano, el polvo alcalino que impregnaba las lentes, la fractura marital de los Miller, las continuas reescrituras de un guión que cada vez se parecía más a una retaliación y menos a un vehículo para mejorar la imagen de la actriz y explotar su potencial; las constantes y exasperantes tardanzas de Marilyn en medio de la obnubilación que le producían las drogas que tomaba; los riesgos físicos que asumía Clark Gable; la obsesión de Huston por el juego y los casinos que lo hacía apostar toda la noche hasta que asomaba el día, y, por fortuna para todos, la buena disposición de Monty Clift, que haría que Huston lo considerara

para el futuro rol protagónico de *Freud*, momento en el que el actor entró en una profunda e irreversible crisis.

Cuando el 4 de noviembre se apagaron los reflectores y las cámaras, y la producción de *The Misfits* llegó a su fin, también se empezaron a apagar tres vidas. Creo que ellos ya lo sabían. ■

Juan Carlos González A. (Colombia)

Médico microbiólogo. Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana. Columnista de cine de *El Tiempo* y Crítico de cine de las revistas *Arcadia*, *El malpensante* y *Revista Universidad de Antioquia*. Actual editor de la revista *Kinetoscopio*, dirige el cineclub de la Universidad Eafit. Es el autor de los libros *Francois Truffaut: una vida hecha cine* y *Elogio de lo imperfecto: el cine de Billy Wilder*.

Notas

1. Marilyn Monroe. *Fragments*. Barcelona: Seix Barral, 2010, p. 163.
2. Patricia Bosworth. *Montgomery Clift: A Biography*. S.C.: Limelight Editions, 6a ed., 2004, p. 411.
3. Donald Spoto. *Marilyn Monroe*. Barcelona: Anagrama, 2000, p. 498.
4. *Ibid.*, p. 498.
5. John Huston. *Memorias*. Madrid: Espasa Calpe, 2a ed., 1998, p. 377.
6. Lawrence Grobel. *Los Huston. Historia de una dinastía de Hollywood*. Madrid: T&B editores, 2003, p. 498.
7. Michelangelo Capua. *Montgomery Clift: A biography*. Jefferson, North Carolina: McFarland & Company Inc., 2002, p. 125.
8. *Ibid.*, p. 127.
9. Donald Spoto, op. cit., p. 498.
10. Chrystopher J. Spicer. *Clark Gable: Biography, filmography, bibliography*. Jefferson, North Carolina: McFarland & Company Inc., 2002, p. 286.

